

Spem fovemus fore ut haec quoque nuper edita auxilium vobis omnibus praebeant ad melius Societatem Iesu eiusque locupletes sapientia et spirituali experientia traditiones cognoscamus.

Vestris precibus me commendans,
salutem vobis dico

Romae, 18 ianuarii 1978

LOUIS LAURENDEAU
Secr. Soc. Iesu

ARRUPE, PEDRO, S. J.,

*Carta y Documento de trabajo sobre la
Inculturación (14-V-78),*

en «Acta Romana Societatis Iesu» XVII (1978) 229-
255.

18.

12 maii 1978

Nova editio: « Instructio de Administratione Temporalis » praeparatur. — Secretarius Societatis textum ad usum manuscripti et « pro studio » ad Patres Provinciales mittit, ut attento examini una cum Consultoribus et Oeconomo Provinciae submittant atque suas animadversiones ante finem anni 1978 communicent.

19.

14 maii 1978

Epistola et documentum studii de Inculturatione.

[Textus originalis]

A TODA LA COMPAÑÍA

La Congregación General XXXII confió al P. General *la evolución ulterior y una más amplia promoción de la obra de la inculturación en toda la Compañía*¹.

Recogí este encargo de la Congregación con tanto mayor interés cuanto que, por mi experiencia anterior y posterior a mi elección como General, estoy profundamente convencido de la importancia de este problema.

Entendiendo la cultura en el sentido en que lo hace la Constitución Apostólica *Gaudium et Spes* (53) y, seguidamente la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (20) y el reciente Sínodo de 1977 en su mensaje final (5), el problema de la inculturación se plantea a tan enorme escala, en situaciones tan dispares y con tan profundas y variadas repercusiones, que no es fácil descubrir líneas concretas de conducta universalmente valederas.

¹ Decr. 5, nº 2.

Por eso me ha parecido que en esta carta debo limitarme a ofrecer algunas consideraciones que os animen a activar este proceso y tomar parte en él, y a exponer cómo veo yo este problema en cuanto afecta a la Compañía.

En otro documento más extenso, anejo a esta carta, se recogen algunas de las reflexiones y planteamientos en torno a este tema, y se formulan algunas preguntas que orienten nuestros esfuerzos por encontrar soluciones, pues, a pesar de cuanto se ha logrado hasta ahora, es una materia que requiere aún mucho estudio, consulta y discernimiento.

Noción, actualidad y universalidad de la inculturación

La inculturación incluye varios aspectos y diversos niveles que hay que distinguir, pero no se pueden separar. Sin embargo, en la multiplicidad de planteamientos con que habremos de enfrentarnos el principio fundamental siempre válido, es que inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no solo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así « una nueva creación ».

Esta experiencia cristiana es, en cada caso, la del pueblo de Dios que vive en un área cultural determinada y ha asimilado los valores tradicionales de su propia cultura, pero se abre a las demás culturas. Es decir: es la experiencia de una Iglesia local que, discerniendo el pasado, construye el futuro en el presente.

Creo que se puede afirmar que hoy día se cae más en la cuenta, y de modo más consciente, de la urgencia y profundidad de este proceso.

Es evidente que la necesidad de la inculturación es universal. Hasta hace unos años podía suponérsela limitada a países o continentes diversos de aquellos en los que el Evangelio se daba por inculturado desde hacía siglos. Pero los cambios galopantes acaecidos en esas zonas — y el cambio es ya una condición permanente — nos persuaden de que hoy es indispensable una inculturación nueva y constante de la fe si queremos que el mensaje evangélico llegue al hombre moderno y a los nuevos grupos *sub-culturales*. Sería un peligroso error negar que esos países necesitan una reinculturación de la fe.

No se piense, pues, que el documento que os presento se aplica solamente a los países que hasta ahora se llamaban *de misión*. Se

aplica a todos, y quizá más a los que creen no tener esa necesidad. Los conceptos *misiones*, tercer mundo, Oriente/Occidente, etc., son relativos y debemos trascenderlos considerando todo el mundo como una única familia a cuyos miembros afectan los diversos problemas.

El influjo innovador y transformador de la experiencia cristiana en una cultura contribuye, después de una posible crisis de confrontación, a una nueva cohesión de esa cultura. En segundo lugar, ayuda a asimilar los valores universales que ninguna cultura puede agotar. Y, además, invita a entrar en una nueva y profunda comunión con otras culturas, en cuanto todas están llamadas a formar, con un mutuo enriquecimiento y complementariedad, el *variado tejido* de la realidad cultural del único Pueblo de Dios peregrino. De hecho, hoy es muy grande e inevitable el contacto mutuo de las diversas culturas: es una providencial oportunidad para la inculturación. El problema está en encauzar sabiamente ese influjo intercultural. Aquí tiene el cristianismo un papel importantísimo: su misión es la de profundizar el pasado con un lúcido discernimiento y, al mismo tiempo, abrir las culturas a los valores universales comunes a todos los hombres y a los valores particulares de las demás culturas, suavizando tensiones y conflictos, y creando una verdadera comunión.

Esta es una de las grandes aportaciones que nosotros debemos hacer.

La Inculturación y la Compañía de Jesús

Como Jesuitas, debemos sentirnos especialmente interpelados por este problema, de cuya solución dependerá la remoción de grandes obstáculos para la evangelización, y que ha estado presente durante toda la historia de la Compañía.

La espiritualidad ignaciana, con su visión unitaria de la historia de la salvación y su ideal de servicio a todo el género humano², fue un intento genial, al decir de los especialistas, de incorporar la sensibilidad y las características culturales del siglo XVI a la corriente de la espiritualidad cristiana, pero sin estancarse en una época, la suya, antes bien manteniendo activo tanto el dinamismo del Espíritu como la creatividad humana a lo largo de la historia en un constante proceso de adaptación necesaria a todos los países y en todos los tiempos.

San Ignacio, como es obvio, no usó la palabra *inculturación*. Pero el contenido teológico de ese término está presente en sus escritos y en las Constituciones.

² « En tanta diversidad ... así en trajes como en gestos ... unos blancos, otros negros, ... » — Ej. Esp. 106.

El *Presupuesto* de los Ejercicios pide una disposición básica inicial, que es de oro para la inculturación: estar prontos para salvar la proposición del prójimo. Es el pórtico de un auténtico diálogo (22).

Los Ejercicios nos llevan a reflexionar sobre la identidad de principio y fin para todos los hombres (23), la solidaridad en el pecado (51, 71), la llamada del Rey delante de todo el universo mundo (55). Y, por otro lado, consideran todo lo recibido como muestra del amor de Dios, dones que descienden de arriba (234, 235, 257).

Nuestra experiencia personal de Cristo y del Evangelio, vivida en los Ejercicios, el conocimiento interno del Señor (104), nos disponen para acertar a discernir lo que es esencial en la fe cristiana y lo que puede ser ropaje cultural accesorio.

En San Ignacio esta actualización es una constante de su pensamiento y de su gobierno — aparece en más de 20 pasajes de las Constituciones — e insiste incesantemente para que se tomen en consideración las circunstancias del país, los lugares y lenguas, la diversidad de mentalidades, los temperamentos personales³.

En la misma línea están los consejos que da en diversas instrucciones: *Háganse amables por la humildad y caridad, haciéndose uno todo para todos*⁴; *manifiéstense, en cuanto lo sufre el Instituto de la Compañía, conformes con las costumbres de aquellos pueblos*⁵. Ordena que se den penitencias a los que no aprenden la lengua del país⁶.

La tradición de la Compañía es fiel a este principio de adaptación. Así procedieron sus más grandes misioneros: Javier, Ricci, de Nobili y tantos otros, cada uno en línea con las concepciones de su tiempo, cuando con ánimo decidido y creativo apostaron por la acomodación pastoral.

La tarea de la evangelización de las culturas, que es un aspecto del problema global, sigue siendo imprescindible en nuestros días y pide Jesuitas que hagan un esfuerzo igualmente creativo. A esta evangelización de las culturas, tan propia de la tradición de la Compañía, nos invita Pablo VI cuando anima a los evangelizadores a *hacer todo el esfuerzo necesario para una evangelización generosa de las culturas*⁷.

³ Cfr. *Const.* 301, 508, 581, 747, 395, 458, 462, 671, 64, 66, 71, 136, 211, 238, 449, etc.

⁴ 1 Cor 9,22.

⁵ A los PP. y HH. enviados a ministerios. Roma, 24 de setiembre de 1549. MI Epp XII 239-242.

⁶ A los Superiores de la Compañía. Roma 1 de enero de 1556.

⁷ Cfr. *Ev. Nuntiandi*, 20.

Este es, sin duda, uno de aquellos campos *difíciles y de primera línea* de los que habla el Papa, en los que *ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano* en los que siempre *han estado los jesuitas*⁸.

El espíritu ignaciano ha sido compendiado alguna vez en esta frase: *Non cohiberi a maximo, contineri tamen a minimo, divinum est*. En nuestro contexto ese nos retaría a una concretización local hasta en lo mínimo, pero sin renunciar a la grandeza y universalidad de los valores humanos que ninguna cultura, ni el conjunto de todas ellas, puede asimilar y encarnar de modo perfecto y exhaustivo.

Actitudes requeridas

Múltiples factores condicionan una inculturación bien realizada y exigen en quien la promueve una fina sensibilidad y actitudes bien definidas.

Además de la actitud fundamental, ya mencionada, de la *visión unitaria* de la historia de la salvación, se requiere, en primer lugar, la *docilidad al Espíritu*, verdadera *causa agens* de toda nueva inculturación de la fe. Esta docilidad requiere una continua y atenta escucha en la oración, el mantener siempre activa la acción del Espíritu en medio de nuestros estudios y experimentos, y el negarse a cualquier conclusión preconcebida. Dicho ignacianamente, presupone la *indiferencia* espiritual y adoptar una disposición a la vez receptiva y dadivosa.

La verdadera inculturación supone además una actitud de *discernimiento* ignaciano, cuyos criterios son evangélicos y dan a los valores humanos una dimensión trascendente que ni sobrevalora los elementos de la propia cultura ni minusvalora los elementos que puedan hallarse en las culturas ajenas; que nos hace abiertos para aprender de los demás y cautos ante seductoras apariencias o juicios superficiales. Tal sería el caso de quien indiscriminadamente aceptase valores muy secundarios, sacrificando los fundamentales, como, por ejemplo, por desarrollar excesivamente la técnica, destruir valores personales fundamentales como son la libertad, la justicia. Tal *discreción* es vital hoy, cuando en todas partes se cae continuamente en esos excesos.

Esta objetiva autenticidad, lleva a una humilde *apertura interior*, que hace reconocer los errores propios y ayuda a la comprensión de los ajenos. Los países de antigua tradición cristiana, han cometido ciertamente errores en su obra de evangelización, pero

⁸ Alocución a los PP. de la CG 32, 3 de diciembre de 1974.

hoy los reconocen, y deben ser perdonados y olvidados. También las nuevas naciones, al ser evangelizadas por otras, han cometido errores, y también los reconocen y se les deben perdonar y olvidar. Se da así paso a la colaboración reconciliadora y constructiva de un presente y de un futuro, sin exclusiones previas, sin recelos, sin limitaciones al poder del Espíritu.

La inculturación requiere también una *prolongada paciencia* que es indispensable en los profundos estudios (sicológicos, antropológicos, sociológicos, etc.) y las sosegadas experiencias que necesariamente habrán de realizarse. Hay que evitar también las estériles polémicas y, más aún, pactar con el error.

Por el contrario, hay que buscar pacientemente los « *semina Verbi* », esas *pierres d'attente* predestinadas por la Providencia para la edificación de la verdad.

Se requiere también para la inculturación una « *caritas discreta* » que armoniza la audacia profética y la intrepidez del celo apostólico con la prudencia del Espíritu; que ayuda a evitar los excesos y las imprudencias contraproducentes, sin coartar el impulso de la inspiración en los riesgos calculados del sano profetismo evangélico.

Se requiere, sobre todo, *sensus Ecclesiae* ignaciano. En un proceso de tanta responsabilidad e importancia no se puede estar al margen de la Iglesia, entendida ésta, como lo hace el Vaticano II, en su doble aspecto de Pueblo de Dios y de Jerarquía. Ninguno de ambos elementos puede ser soslayado. Es evidente que la última responsabilidad está en la Jerarquía. Pero debemos evitar dos extremos: el exceso *non secundum scientiam*⁹ que nos haría proceder altaneramente, sin contar con la Jerarquía, y la pusilanimidad que nos hiciese permanecer medrosamente en actitud pasiva, sin creatividad. Como siempre, también en este proceso de la inculturación el amor que profesamos a la *Esposa de Cristo* nos ha de llevar a sentir *cum Ecclesia* e *in Ecclesia*, sometiendo nuestras actividades y experimentos en materia tan delicada a su dirección.

Estas disposiciones deben avivar en los miembros de la Compañía aquel *amor universal* que les permita distinguirse como creadores de comunión, no solamente a nivel de Iglesia local, sino también en relación con la unidad del entero pueblo de Dios peregrinante.

⁹ Rom 10,2.

Consecuencias internas

Es obvia la incidencia que todo esto tiene en la vida interna de la Compañía. En efecto: las transformaciones que se han verificado y seguirán verificándose en el futuro para adaptarnos a los cambios culturales de hoy, tienen su origen en los criterios del Concilio Vaticano II y en las prioridades y determinaciones de las CC.GG. 31 y 32. Pero no podrán concretarse si no logramos que esa corriente transformante del Espíritu pase modificando desde dentro nuestra vida personal. Es lo que pudiéramos llamar « *inculturación personal interior* », que necesariamente debe preceder, o al menos acompañar, a la tarea externa de la inculturación. Las modificaciones surgidas del Concilio Vaticano II y de nuestras dos últimas CC.GG. tienen precisamente ese objeto: capacitarnos y actualizarlos para poder promover la verdadera inculturación del Evangelio.

Para comprender en clave actual nuestro carisma y discernir apostólicamente nuestro servicio de hoy a la Iglesia, hemos de repensar el modo de aplicar los criterios ignacianos a las situaciones concretas actuales. Esta inculturación personal e *intra Societatem* no es fácil. Aunque admitamos en teoría la necesidad de la inculturación, cuando se llega a la práctica y nos toca de cerca, personalmente, exigiéndonos cambios profundos de actitudes y apreciación de valores, surge con frecuencia no poca dificultad e incompreensión, que es testimonio de nuestra falta de disposición interna para una *inculturación personal*.

Para dejarnos transformar por la inculturación no bastan las ideas ni el estudio. Es necesario el *shock* de una experiencia personal profunda. Para los llamados a vivir en otra cultura, será el integrarse en un país nuevo, nueva lengua, nueva vida. Para los que quedan en el propio país, será experimentar los nuevos modos del mundo actual que cambia: no el mero conocimiento teórico de las nuevas mentalidades, sino la asimilación experimental del modo de vivir de los grupos con los que hay que trabajar, como pueden ser los marginados, chicanos, suburbanos, intelectuales, estudiantes, artistas, etc.

Ahí está, por ejemplo, el inmenso mundo de los jóvenes a quienes servimos en nuestros Colegios, parroquias, Comunidades de Vida Cristiana, Centros de Espiritualidad, etc. Pertenecen a una cultura que es distinta de la de muchos de nosotros, con esquemas mentales, escalas de valores y lenguaje (especialmente el lenguaje religioso) no siempre fácilmente inteligible. Es difícil la comunicación. En cierto sentido somos *extranjeros* en su mundo. Pienso que muchos jesuitas, especialmente en los países desarrollados, no caen

en la cuenta del abismo que separa fe y cultura, y, por ello, son ministros de la Palabra menos aptos.

La experiencia necesaria para esa inserción cultural debe liberarnos de tantos elementos que nos atan: prejuicios de clase, vínculos sociales, prejuicios culturales, de raza, etc.

La perfecta inculturación de un jesuita nunca deberá llevarle a una cerrazón nacionalista o regionalista: la universalidad, el sentido de pertenencia al *cuerpo universal* de la Compañía, deben mantenerse intactas: *Que la diversidad no dañe a la unión de la caridad*, nos advierte San Ignacio en las Constituciones [672]. Tampoco debe disminuir la disponibilidad, actitud fundamental de todo jesuita, por la que está pronto a ir a donde se espera mayor servicio de la Iglesia, siendo allí enviado por la obediencia.

Aquí es donde se siente más personal e íntimamente la tensión entre lo particular y lo universal, entre el sentirse identificado con la cultura de un pueblo, y al mismo tiempo conservarse libre y disponible para ser enviado a cualquiera otra parte del mundo donde sea requerida nuestra labor apostólica.

Es evidente la importancia que debe darse a la verdadera inculturación, con las características señaladas de particularidad y universalidad, en la *formación de nuestros jóvenes*. Ellos están llamados a ser en el futuro los agentes de la inculturación y, por eso, deben ser formados en ese espíritu y en esas realidades concretas.

Como expresión del deseo de la C.G. 32 de *continuar con mayor intensidad aún en nuestros tiempos* la obra de la inculturación, quisiera que este empeño mereciera *un cuidado y solicitud cada vez mayor de parte de la Compañía*¹⁰, y que nos hagamos conscientes de su importancia capital para nuestra misión de defensa y propagación de la fe, sintiéndonos al mismo tiempo pertenecientes a la Iglesia local y a la Iglesia universal.

Esto no se conseguirá sin un convencimiento personal profundo — que debe esforzarse por conseguir quien aún no lo tuviese — y sin una coordinada colaboración de todos en el estudio, reflexión y experiencias necesarias. Sólo de ese modo encontraremos los cauces de expresión y de vida más adecuados para que el mensaje cristiano pueda pasar a los individuos y pueblos con quienes trabajamos, abriéndolos al mismo tiempo a las riquezas de las demás culturas.

Trabajo muy delicado, es cierto. Pero indispensable. Es uno de los mejores servicios que la Compañía de hoy puede prestar a

¹⁰ Decr. 5, nº 1.

la Evangelización: cada uno de sus hijos nos sentiremos heraldos y agentes de una comunión que no sólo agrupe a los miembros de la propia nación, sino que reúna, conservando su identidad a *todos los hijos de Dios que están dispersos*¹¹.

Al enviaros esta carta en la solemnidad de Pentecostés, invoco sobre todos vosotros la luz y gracia del divino Espíritu.

Vuestro afmº. en el Señor,

PEDRO ARRUPE
Praep. Gen. Soc. Iesu

Roma, 14 de Mayo de 1978

¹¹ Jn 11, 52.

DOCUMENTO DE TRABAJO SOBRE LA INCULTURACION

Según se indica en la carta del P. General sobre la inculturación, 14 de mayo de 1978, en este documento se recogen diversas reflexiones sobre el tema, y se formulan interrogantes que pueden abrir pista en la búsqueda de soluciones.

Así pues, no es una declaración programática, sino un documento de trabajo. Ha sido preparado bajo la dirección del P. General y con la colaboración de varios miembros de la Congregación General XXXII, a base del material reunido a lo largo de una prolongada consulta en toda la Compañía. Con este documento se desea continuar dicha consulta.

INTRODUCCIÓN

- 1 — Concepto de inculturación
- 2/3 — Necesidad de la inculturación
- 4/6 — Momento histórico
- 7/8 — Agentes de la inculturación
- 9/10 — La inculturación es polifacética

ALGUNAS REFLEXIONES TEOLÓGICAS

- 11/13 — 1. La Encarnación del Hijo, motivo y modelo
- 14 — 2. Cruz y resurrección en el proceso de la inculturación
- 15/19 — 3. Pentecostés y catolicidad. El Espíritu Santo y los pueblos
- 20 — 4. Iglesia local e Iglesia universal
- 21/22 — 5. La Iglesia, comunidad eucarística
- 23/31 — 6. Corolarios y preguntas
 - 23/25 a. ¿Es el cristianismo una cultura?
 - 26 b. La inculturación en la tradición eclesial
 - 27 c. Inculturación y desarrollo doctrinal
 - 28/30 d. « El pueblo » y la inculturación
 - 31 e. Inculturación/Evangelización como « diálogo »
- 32/34 — 7. La inculturación presupone una purificación
- 35 — 8. La catequesis, transmisión de cultura
- 36/37 — 9. Inculturación y promoción de la justicia. Decr. IV y V CG 32

PROCESO DE LA INCULTURACIÓN

- 39/41 — Actitudes mentales
- 42 — Aproximación científica
- 43 — Inserción
- 44 — Experimentación, reflexión
- 45 — Los « semina Verbi »

DIFICULTADES Y TENSIONES

- 46/47 — Actitudes negativas: inmovilismo (innecesaria, imposible)
- 48/49 — Apriorismos, liberalismo
- 50/51 — Tensiones dialécticas

ALGUNOS PUNTOS CONCRETOS

- 52 — 1. Reflexión filosófica y teológica locales
- 53 — 2. Espiritualidad
- 54 — 3. Religiosidad y piedad populares
- 55 — 4. Culto y liturgia
- 56 — 5. Los medios de comunicación de masa
- 57/58 — 6. Acceso a la responsabilidad
- 59 — 7. Inculturación de los « expátridas »

FORMACIÓN DE LOS JÓVENES JESUITAS

- 60/63 — Su inculturación
- 64/68 — En las etapas de la formación
- 69 — Los formadores de los NN.

PRELIMINARES

1. Prescindiendo de matices controvertidos por los especialistas, en estas páginas entendemos por inculturación el esfuerzo que hace la Iglesia por presentar el mensaje y valores del Evangelio encarnados en formas y términos propios de cada cultura, de modo que la fe y la vivencia cristiana de cada Iglesia local se inserte, del modo más íntimo y profundo posible, en el propio marco cultural.

2. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad¹. Pero ha de ser a partir de la situación real y concreta en que se encuentran, es decir, a partir de su cultura.

3. Y no será difícil reconocer que las categorías empleadas para ese anuncio del Evangelio a veces resultaban extrañas e ininteligibles y que aceptar tal presentación del cristianismo conllevaba la alienación de la propia cultura.

4. La Iglesia percibe con una claridad sin precedentes la urgencia de poner fin a esta inadecuación entre contenido evangélico y términos y formas de fe y vida cristiana. Esta intuición, junto con otros elementos, permiten afirmar que la Iglesia está pasando de una época a otra: no sabemos qué proporción representan en el total de vida de la Iglesia estos 2.000 años de cristianismo y si son, o no, solamente el comienzo. Lo que es cierto es que la Iglesia sigue rejuveneciéndose en la medida en que supera cada período de transición y sigue descubriendo nuevos tesoros en el inagotable depósito de la Revelación.

5. Por otra parte, nuestros días son el inicio de una nueva época por el mero hecho del nacimiento de tantas nuevas nacionalidades, la creciente conciencia de la propia identidad y cultura, la competencia de las ideologías, la revolución tecnológica. La Iglesia no puede renunciar a asumir esas nuevas realidades y a dejarse asumir por ellas, encarnando el cristianismo en cada cultura y mediando entre ellas para que el conflicto se convierta en convergencia y comunión. *Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, también el Hijo se someterá a Aquel que le ha hecho Señor de todo. Y así Dios reinará completamente en todos*².

6. El problema de la inculturación está íntimamente relacionado con la evangelización, porque toca la parte más profunda y sensible del corazón del hombre: la palabra de Dios tiene que ser transmitida de manera que, no sólo sea entendida, sino que vivifique el alma o mansamente o con una brusca interpelación. El hombre, al escucharla, ha de experimentar una radical conversión que debe expresar después en su vida toda. De ahí la necesidad de que esa Palabra le sea transmitida no en lenguaje exótico, sino en formas consustanciales con su propia vida, es decir, con su propia cultura.

7. Por eso la inculturación no es obra exclusiva de la Jerarquía (aunque sería cuestionable una inculturación al margen o en contra de quienes están constituidos como garantes de la integridad de la fe), ni de los teólogos o especialistas de las numerosas ciencias humanas que entran en juego, sino de ambos elementos y, no en último lugar, del propio pueblo de Dios. El pueblo sencillo, con sus tradiciones, su sabiduría ancestral, sus intuiciones, y sus sentimientos y problemas que a lo largo de los siglos han hallado formas determinadas de expresión, es un inmejorable elemento de referencia para una eficaz inculturación.

8. Aunque las expresiones de religiosidad popular deban ser purificadas ocasionalmente de errores, supersticiones y folklorismo, es patente la profundidad y solidez de la fe de los *sencillos de corazón* que, otras veces, han debido resistir a modas supercríticas e iconoclastas de algunos *inculturantes* desconsiderados. Debemos tratar esa fe con gran delicadeza humana y gran exactitud antropológico-teológica.

9. La inculturación no trabaja solamente por grupos étnicos. Son también los diferentes niveles culturales, que trascienden cualquier esquema geográfico, los que deben ser atendidos. El mundo de la ciencia, por ejemplo: la Iglesia debe acercarse a él con un lenguaje cuidadosamente probado e inteligible muy distinto del conveniente en una precatequesis entre gente sencilla.

10. La inculturación, ya se ve, es polifacética. Puede tener a veces manifestaciones aparentemente contradictorias, que no son sino aspectos distintos de un mismo Espíritu que quiere que todos los hombres entiendan la Palabra de Dios y la hagan savia de la propia vida.

¹ 1 Tim 2,4.

² 1 Cor 15,28.

ALGUNAS REFLEXIONES TEOLÓGICAS

1. *La Encarnación del Hijo, motivo y modelo de la inculturación*

11. La Encarnación del Hijo es el motivo primario y el modelo perfecto de la inculturación. Como El, y porque El lo hizo, la Iglesia se encarna, del modo más vital e íntimo posible, en cada cultura, enriqueciéndose con sus valores y aportando la única redención de Cristo, su mensaje y la savia para una nueva vida. Ninguno de esos valores puede ser ignorado o suprimido: todos deben ser favorecidos y asumidos³.

12. El Hijo *plantó su tienda entre nosotros*⁴ haciéndose un hombre concreto, Jesús de Nazaret, con todas las limitaciones que ello implica. La Encarnación se realiza en un régimen de particularidad. La economía de la salvación se presenta así, con los caracteres, a primera vista desconcertantes, de una paradoja: la universalidad y la particularidad. Dios entra en la historia como individuo, pero trascendiendo en el alcance de su redención, todas las particularidades. En su gloria pascual se recapitularán todas las cosas, habiéndose encarnado como hombre concreto, con genealogía según la carne, en un lugar, un tiempo y una cultura perfectamente circunscritas.

13. El hombre de cualquier tiempo y lugar entra en contacto con la Palabra a través de una comunidad concreta, en un cuadro cultural en que Cristo puede también insertarse. Cuando una comunidad se abre a la Buena Nueva manteniendo su identidad cultural, su inserción eclesial es más auténtica y la Iglesia se enriquece con nuevos valores. La común participación en la vida de Cristo es también un punto de encuentro y fraternidad de todas las culturas.

2. *Cruz y Resurrección en el proceso de la inculturación*

14. La inculturación no puede hacerse a expensas del contenido de la revelación. Como cada hombre, así también toda cultura para ser asumida debe participar de la muerte y resurrección de Jesús, siendo purificada, elevada y perfeccionada por la fe⁵.

A idéntica purificación debe someterse también la Iglesia: sus enviados a anunciar la Buena Nueva a una determinada cultura, deberán previamente desposeerse de la propia y dejarse asumir por la cultura de adopción. En ello se manifiesta que el Pueblo de Dios, *siendo uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos*⁶.

³ Cfr. LG nº 13.

⁴ Jn 1,14.

⁵ Cfr. GS 58.

⁶ LG 13.

3. *Pentecostés y catolicidad: el Espíritu Santo y la asunción de cada pueblo y cultura en Cristo*

15. La inculturación comporta un proceso que en la comunión intratrinitaria, en el Espíritu Santo, encuentra su perfecto tipo y su agente vital. Al dar, el hombre es imagen del Padre⁷ y al recibir, imagen del Hijo⁸. Divina dignidad de quien recibe, no menos que la del que da, en manifiesta igualdad y comunión. Esta comunión es unión según la unión de Dios⁹, es el Espíritu Santo.

16. La transformación de la humanidad debe hacerse según el ideal de esta vida trinitaria donde todos lo poseen todo en común porque todos existen en comunión y dándose mutuamente, y recibiendo a sí mismo en el otro, viven en perfecta reciprocidad. Esto quiere decir que sólo se posee la propia cultura perdiéndose a sí mismo, entregando la propia alma. Sólo se posee lo que se da y sólo se encuentra lo que se pierde, porque el hombre renacido a la vida divina sólo existe amando en reciprocidad, en la nueva comunión de los hijos de Dios.

17. Así, la comunión entre las diversas culturas no es según una relación de dependencia, sino de mutua prioridad, en la que cada uno retiene la propia originalidad en el libre dar y recibir.

18. Así como el Hijo asumió por la encarnación la particularidad de una humanidad, el Espíritu está presente en todas las particularidades de cada nueva inculturación manifestando la riqueza de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

19. En esa acción del Espíritu se justifica el legítimo y razonable pluralismo dentro de la unidad de la Iglesia. Cada manifestación representa el todo de la Iglesia, refractada en una particularidad. Y así la Iglesia realiza su catolicidad.

4. *Iglesia local e Iglesia Universal*

20. La *iglesia particular*, en la que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo¹⁰, es la realización del cuerpo místico de Cristo en una región o pueblo concreto. Esto supone que tal iglesia ha de vivir y expresarse en función de la cultura y tradiciones de ese pueblo y, concretamente, en su lengua. Cada Iglesia particular es, pues, una Epifanía de la única Iglesia universal a la que reproduce en una fisonomía concreta.

⁷ Mt 5,44.

⁸ Mt 25,40.

⁹ Jn 17,22.

¹⁰ CD n. 11.

5. *La Iglesia es una comunidad eucarística*

21. Cada Iglesia particular enriquece a las demás con sus propios dones, y se enriquece con las aportaciones de las demás y con la expresión de una multiforme unidad. La Iglesia, maravillosa simbiosis entre unidad y diversidad, se manifiesta como sacramento de unidad y fraternidad entre los hombres. Y, al ser consciente de que todos estos dones provienen del Espíritu, que el Hijo nos mereció del Padre¹¹, la Iglesia es también comunidad de acción de gracias, comunidad eucarística.

22. Dios invita al banquete escatológico a todos los pueblos: *De Oriente y Occidente vendrán y se sentarán a la mesa de Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos*, dijo Jesús maravillado de la fe del centurión¹². Hay en esas palabras un contenido escatológico: nada debe perderse, todo debe perfeccionarse y llegar a plenitud en el último día. Pero los pueblos que llegan a la fe, han de hacerlo conservando su identidad, y hacer de ella un valor de comunión y acción de gracias. La inculturación es un movimiento que se sitúa al interior mismo del proceso vital de la Historia de la humanidad, no es un retroceso al nacionalismo sin horizontes o a la fragmentación.

6. *Corolarios y preguntas*

a - *¿Es el Cristianismo una cultura?*

23. *El Evangelio y por consiguiente la evangelización no se identifican con cultura alguna pero no son incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna*¹³. Y esto, según el documento del Sínodo de 1974 lo hace de un modo nuevo y exclusivo: predicando la necesidad de conversión personal, la violencia del reino, la caridad, el nuevo tipo de relaciones humanas promulgado en las bienaventuranzas.

24. Sin embargo, al menos a nivel de formulación y práctica no siempre será fácil determinar lo que es específicamente cristiano y lo que es una aportación cultural. Ya los apóstoles tenían ese problema; y todavía lo tenemos nosotros, tanto más, cuanto que las ideologizaciones de la Filosofía y Teología posteriores, en especial la aristotélica-tomista, han fijado como perennes elementos culturales específicos.

25. Cristo no cambia al cambiar los tiempos. Pero sí cambia la

¹¹ Jn 14, 15-28.

¹² Mt 8,11.

¹³ Ev. Nunt. 20.

explicitación de su mensaje y cambia también el modo del compromiso de sus discípulos. En tales cambios debe seguir siendo el Espíritu el que « renueva todas las cosas ».

b - *Inculturación en la tradición eclesial*

26. La inculturación es una realidad ya en los tiempos apostólicos. El Evangelio se predicaba y la fe se vivía en contextos culturales diferentes y sucesivos: el palestino-aramáico, el de los judíos de la diáspora, el de los establecimientos helenísticos, etc. ¿Qué consecuencias tiene este hecho histórico con vistas a la posibilidad y conveniencia de un pluralismo de modelos de vivencia cristiana y de expresión doctrinal?

c - *Inculturación y desarrollo doctrinal*

27. ¿No ha sido el imperativo de la inculturación (sin que esta palabra existiese todavía) una importante idea-fuerza en el desarrollo doctrinal de épocas pretéritas? ¿No cabría esperar también este fruto en el futuro?

d - *« El Pueblo » y la inculturación*

28. En algunas regiones se insiste en el concepto *el pueblo y los pueblos*. ¿Qué son « los pueblos » teológicamente hablando, y cómo individualizan la inculturación? ¿Qué relación hay entre los pueblos y el Pueblo de Dios? ¿Cuál es el papel de la Iglesia en la Historia de cada pueblo: en los que se encuentran aún en estado veterotestamentario, en los de religiosidad primitiva, en los de religiosidad vacilante, en los de religiosidad perdida?

29. Los pobres, los oprimidos son un lugar privilegiado para la inculturación de una Iglesia concebida en función de los *pobres de Yahwé*.

30. La inculturación de la fe es también una forma de liberación en cuanto contribuye a desalojar, con los valores de la Buena Nueva, los falsos valores de culturas ajenas, impuestas: la dominación cultural es una forma de opresión.

e - *Inculturación/Evangelización como diálogo*

31. Hoy se insiste acertadamente en que la evangelización debe entenderse como un diálogo entre la *Iglesia en misión* y los pueblos a que es enviada. Una finalidad de este diálogo es descubrir los *semina Verbi* latentes en las culturas locales, y hacer *explícita la cristianidad implícita*, enriqueciendo de paso la comprensión que la propia Iglesia tiene del mensaje evangélico y de su propia vida. Será

importante fijar criterios para discernir esos *semina Verbi*, y hacerlos operantes en la cristificación de las culturas y en la pastoral y catequesis.

Es lamentable que en el pasado algunas veces el monólogo haya impedido el diálogo, desconociendo los valores de las culturas locales, y que se hayan cometido errores históricos de larga y difícil reparación.

7. La inculturación presupone una purificación

32. Ya se ha hecho referencia (n. 14) a la presencia de la Cruz en el proceso de la inculturación. Pero conviene detallar las dos purificaciones que toda obra de inculturación comporta:

33. a - El evangelizador que llega desde el exterior de la cultura habrá de pagar como indispensable precio de su capacitación, un radical desposeimiento de sus anteriores valores culturales y de su *modo de ver las cosas*. Es una penosa y auténtica muerte, más costosa quizá que la árdua tarea asumida por los antiguos *misioneros*.

34. b - La cultura que está siendo asumida como nueva encarnación del inmutable mensaje debe purificarse también para poder responder plenamente al Espíritu y ser expresión de una vida cristiana. Se necesita también esta purificación para poder asumir localmente las responsabilidades propias de la nueva iglesia con libertad, valentía y creatividad, incluso con el riesgo de cometer, ellos también, errores que la experiencia iluminada sabrá enmendar. La inculturación exige un riguroso ascetismo y el ejercicio de la propia responsabilidad.

8. La catequesis, transmisión de cultura

35. Concebir la catequesis como transmisión cultural, y no solo como didáctica doctrinal, es ya algo admitido. Porque el cristianismo es, más allá de un conjunto de verdades, un mensaje de salvación. De este hecho se deriva:

— una nueva cosmovisión, en que la historia de la salvación es el acontecimiento fundamental y una nueva antropología que considera al hombre, sobre todo, como hijo de Dios y sujeto de salvación.

— un nuevo tipo de relaciones humanas, basadas en las líneas del sermón de la montaña.

La catequesis tendrá por objeto, precisamente, buscar en cada nueva cultura la expresión de estos valores cristianos en términos autóctonos.

9. Decretos IV e V de la CG XXXII

Inculturación y promoción de la justicia

36. Si la inculturación es un hecho vivencial, es claro que supone también la identificación con los sufrimientos de un pueblo y con sus ansias de liberación y crecimiento en los auténticos valores. Así, la inculturación exige que todos trabajemos, directa o indirectamente *por* los pobres y *desde* los pobres, en el sentido de que hay que evangelizar desde la perspectiva de los pobres de Yahwé, de la pobreza de espíritu que nos prepara para acoger a Cristo. Inculturación y promoción de la justicia se suponen mutuamente.

37. Para una minoría la inculturación puede exigir incluso la identificación auténtica con los más desposeídos: a través de ellos la Iglesia sabrá en qué cultura se encarna y qué modalidad concreta debe revestir su obra de salvación y liberación. Será también la reparación de pasados excesos en la colaboración con los poderes coloniales.

PROCESO DE INCULTURACIÓN

39. La inculturación presupone, en primer lugar, una nueva actitud mental en las Iglesias del viejo mundo, tanto la Latina como las Orientales: la renuncia al complejo de superioridad y al monopolio de las formas. Hace más de un siglo que el mundo ha dejado de tener signo europeo (no digamos ya mediterráneo). Y está dejando apresuradamente de tener signo occidental. El número de nacionalidades, con identidad diferenciada, se ha duplicado en poco tiempo y los hemisferios contrapuestos ya no son Este y Oeste sino Norte y Sur.

40. La Iglesia, que debe trascender toda división, ha de comenzar reconociendo la existencia de culturas y civilizaciones que son en potencia — y deben ser de hecho — portadoras de los valores de fe y vida cristiana. Y debe disponerse a obrar en consecuencia.

41. Existe el peligro de que las nuevas naciones, por exceso de reacción contra un triste pasado, absoluticen sus propios valores culturales, cerrándose a toda aportación ajena. Esto dificultaría enormemente la inculturación.

42. La inculturación comienza de hecho con una aproximación científica y una inserción. Profundos y complejos estudios interdisciplinarios serán necesarios para conocer la cultura. Sin ellos, cualquier aproximación a la cultura será superficial y subjetiva, cuando no folclorista o parcial e incluso improvisación o experimentalismo contraproducente.

43. Y hace falta también una inserción, pues los más íntimos valores solo podrán ser percibidos *desde dentro*. Pero nadie está más inserto en un pueblo que quien por nacimiento y cultura pertenece a él. De ahí el papel fundamental del mismo pueblo, con su intuición, con su capacidad de identificación de aquello en que se siente expresado, con su certera selectividad de lo que le es congénito.

44. Puede y debe procederse a la experimentación condicionada y sujeta a evaluación, y de modo gradual. Lo que no puede hacerse es *jugar* a la inculturación ni manejar las tradiciones y cultura de un pueblo de manera irreflexiva o destructiva. La intercomunicación de reflexión y experiencia marcará el ritmo a la inculturación.

45. En ese flujo y reflujo de experiencia y reflexión, la Iglesia, a medida que se va encarnando, se siente interpelada y enriquecida, salen a la luz los *semina Verbi*, y se robustece la identidad de la iglesia local.

DIFICULTADES Y TENSIONES

46. La inculturación es una difícil y delicada tarea. Puede quedar bloqueada inicialmente por dos actitudes mentales inmovilistas:

a - A algunos podría parecerles innecesaria. Las cosas están bien como están, y no se ve qué aportaciones sustanciales podrían hacer otras culturas, de esquemas mentales prácticamente irreconciliables con el cristianismo, o apenas desarrolladas y necesitadas de radicales purificaciones. El complejo de superioridad a que se ha aludido ya, está latente en esta disposición (n. 39).

47. b - Otros pueden juzgarla imposible. La inculturación — en todo lo que sea más que una acomodación de las formas — pone en peligro la unidad de la confesión cristiana, e introduciría un pluralismo capaz de afectar al contenido mismo de la revelación.

48. Otro tipo de peligros amenaza también a la inculturación:

a - Los apriorismos de una inculturación de laboratorio, sin contacto con la realidad concreta: *La evangelización pierde mucho de su fuerza y su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su 'lenguaje', sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta*¹⁴.

49. b - El liberalismo, que, con tal de inculturar, aceptase cesiones incompatibles con la integridad del depósito de la revelación, o expresiones de fe y formas de vida inconciliables con valores perennes de la Iglesia universal. El cristianismo debe ser presen-

¹⁴ EN 63.

tado con todas sus exigencias, en toda su pureza e integridad. Esa incapacidad de compromiso ha sido, desde los tiempos apostólicos, una constante en la Iglesia. Pablo se niega a mitigar el Evangelio para agradar a los hombres¹⁵.

50. Pero, aun superando esas dificultades de concepción, la inculturación es un proceso tan rico en aspectos, y afecta tan directa y vitalmente a la evangelización y al hombre que se cristianiza, que, inevitablemente, han de surgir tensiones dialécticas, aporías aparentes y disyuntivas cuyos extremos pueden y deben conciliarse en un sereno y constructivo equilibrio. Por ejemplo:

- 51. — entre lo universal/inmutable y lo contingente
- entre el deseo de mantener la propia identidad (tanto en la Iglesia como en las culturas) y la necesidad de purificación
- entre unidad y pluralismo
- entre centralismo de la autoridad y el principio de subsidiaridad
- entre paternalismo ilustrado e igualdad de derechos
- entre la audacia/urgencia y la prudencia

ALGUNOS PUNTOS CONCRETOS

52. La inculturación tiene campos privilegiados, acerca de los cuales deberá decirse una palabra. Tratamos de la responsabilidad de la Compañía, de su antigua tradición y recursos presentes. Pero se entiende que hay muchos otros que trabajan en esos campos y que nosotros podemos aprender mucho y colaborar con ellos.

1. Reflexión filosófica y teológica locales

En los estudios interdisciplinarios previos a toda inculturación a que se ha aludido más arriba (n. 42), la reflexión filosófica y teológica tiene una importancia primordial. Más adelante se tocará el punto de los estudios de Filosofía y Teología (n. 65-66). Aquí baste señalar la importancia que tiene el que esos estudios se hagan *in situ* y, precisamente, por personal autóctono. Afortunadamente la Compañía cuenta con centros de reflexión y formación en numerosos países donde el problema de la inculturación es más urgente, y con jesuitas con creatividad, audacia y prudencia para llevar adelante esa tarea. Será indispensable desarrollar, para esta reflexión, categorías aptas, auténticamente filosóficas y teológicas, rebasando, en cuanto sea necesario, las categorías y métodos de análisis prestados de otras ciencias. No olvidemos tampoco lo que pueden con-

¹⁵ 1 Cor 1,17 5,7 9,12, Gal 1,10 y 2,11.

tribuir las Iglesias Orientales y los NN. de rito oriental, con su experiencia de diversidad cultural dentro de la Iglesia Universal.

2. Espiritualidad

53. La acción en este campo es sumamente necesaria y difícil. Las nuevas iglesias están frecuentemente enclavadas en ambientes culturales de gran espiritualidad, con formas muy propias, y profundamente asimiladas por sus pueblos. Las virtualidades cristianas que pueden contener han de ser sacadas a luz. Hace falta una exquisita sensibilidad y profunda vida interior para llevar a cabo esta tarea.

3. Religiosidad y piedad populares

54. Campo contiguo al señalado precedentemente. Pablo VI dijo de esas prácticas que *consideradas durante mucho tiempo como menos puras, e incluso despreciadas algunas veces, adquieren hoy nuevo esplendor casi por doquier*¹⁶. La Evangelización inculturada debe proceder con sumo respeto, no demoliendo inconsideradamente y creando vacíos y desconcierto, sino purificando, vitalizando, enriqueciendo.

4. Culto y liturgia

55. En este sector se han hecho ya algunos progresos. Pero queda mucho por hacer, y es necesario hacerlo con creatividad, reflexión y discernimiento. La Compañía tiene en esta materia una larga experiencia, y dispone de especialistas y hombres empeñados en la pastoral. Todo ello debe ponerse en juego, y al servicio de las iglesias locales y sus pastores.

5. Los medios de comunicación de masa

56. Para la presentación del Evangelio en términos culturales concretos, para una labor de precatequesis y catequesis, los medios de comunicación de masa son un instrumento privilegiado. Ningún acceso es tan fácil como el que se hace a través de las imágenes, la música, el arte y la literatura. Nuestra más antigua tradición educativa nos dice que en ello los jesuitas pueden ser auténticamente pioneros, y ello constituye para nosotros una enorme responsabilidad.

6. Acceso a la responsabilidad

57. En la medida de lo posible, la toma de decisiones y el fijar las líneas de acción y desarrollo de las obras deberá estar en manos de los nacidos y educados en la cultura de que se trata. Cabe la posibilidad de que a los comienzos, y aun después, habrá dificultades y las realizaciones no llenarán las expectativas, sobre todo si se miden por el standard de eficiencia preferido en otras culturas.

58. Recordemos la norma del Bautista: *Conviene que él crezca y que yo disminuya*¹⁷ que los no-locales deberán aplicarse para no estorbar el afianzamiento de la confianza propia y la expansión de los valores locales.

7. Inculturación de los « expátridas »

59. Ya se ha indicado antes, (nn. 14 y 33) la disposición espiritual con que deben acercarse a evangelizar en una cultura que no es la propia. Habrán de asimilarse al Señor en su *kenosis*. El despojo es una condición porque toda inculturación presupone una desculturación. Y el espíritu de humildad y servicio a Dios y a los nuevos hermanos, es prerequisite indispensable.

Deben conocer la lengua local lo mejor posible, aunque eso suponga un período de inactividad apostólica.

Y lo mismo se puede decir de las costumbres y tradiciones, puesto que en esta materia *el lenguaje debe entenderse no tanto a nivel semántico o literario, cuanto al que podrá llamarse antropológico y cultural*¹⁸.

FORMACIÓN DE LOS JÓVENES JESUITAS

60. Cuanto la Compañía podrá aportar a largo plazo a la obra de la inculturación está condicionado por el grado de inculturación que desde ahora logre dar a sus jóvenes jesuitas. La importancia de la inculturación durante la formación está subrayada por la CG XXXII: *La formación debe ser tal que el jesuita esté unido y sepa comunicar con el pueblo a que es enviado, y tenga capacidad para participar de sus sentimientos y valores, de su historia, sentimientos y aspiraciones*¹⁹. Esto se aplica a todos nuestros jóvenes. Lo que sigue, trata más bien de la formación en los países de los cuales habla especialmente el decr. 5: *Sobre todo en las regiones de Asia y Africa y en algunas regiones de América Latina*. Pero se

¹⁷ Jn 3,30.

¹⁸ Ev. Nunt. 63.

¹⁹ Decr. 6. nº 27.

puede aplicar con la debida adaptación, *en todos los continentes* (n. 1).

61. Lo dicho anteriormente sobre la lengua o lenguas vernáculas, tiene aquí su máxima aplicación. Ya desde el Noviciado la lengua vernácula ha de ser la ordinaria para la vida litúrgica, las instrucciones y vida común.

62. También la vida personal y comunitaria habrá de acomodarse al modelo y usos locales, y concretamente el de las clases modestas y aun de las más desposeídas cuando parezca necesario o conveniente. La entrada en la Compañía no puede ser alienante o causa de distanciamiento del propio pueblo.

63. Del mismo modo, la vida social y de relación ha de tener los modos y límites de la cultura local, dando siempre a través de ellos el testimonio de una vida consagrada al Señor y de coherencia con el mensaje que se comunica.

64. El período del postnoviciado es crucial para la inculturación. Es el momento de iniciar o intensificar los conocimientos de tradiciones, historia, literatura, artes, etc. y de averse a descubrir los valores culturales en sus diversísimas expresiones: religiosidad popular, sentido de la trascendencia, expresiones de respeto, hospitalidad, leyes no escritas que regulan la interacción de los grupos, en todo lo cual puede haber definidos elementos de una cristianidad implícita.

65. El estudio de la Filosofía ayudará a la inculturación si, sin debilitar su solidez, se hace teniendo en cuenta los esquemas y estructuras mentales de la cultura en que se vive, respetando su propio modo de reflexionar sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo. Interesará particularmente descubrir qué relación establece entre lo que en Occidente se distingue como Filosofía y Teología. Ese dato será interesante en el proceso de reflexión filosófica, que habrá de completarse e iluminarse con la rica tradición filosófica occidental.

66. La Teología es un período de estudios donde la inculturación es capital para los futuros ministros de la Palabra. El tipo de diálogo que pide la CG XXXII (decr. 6,26) entre Teología y cultura, sólo será posible si precede la inculturación en las áreas y en el grado que se han descrito en las líneas precedentes: idioma, estilo de vida, experiencias apostólicas, estudios, etc., y si la misma Teología es concebida como reflexión de Iglesia sobre la vida presente no menos que sobre su historia y doctrina precedente.

67. Los estudios especiales que sigan a la Teología, los temas de las tesis doctorales, tendrán en cuenta, en cuanto sea posible, el marco cultural en que habrá de trabajarse, y, en igualdad de

condiciones, realizarlos generalmente en el propio país. En el caso de los futuros profesores y formadores de los NN. es importantísimo discernir el sitio y materia de sus estudios especiales.

68. La Tercera Probación debe favorecer una integración de la espiritualidad ignaciana y la herencia espiritual del país. La perennidad y universalidad de los valores ignacianos, plasmados especialmente en los Ejercicios y las Constituciones, hacen que no haya cultura en la que el carisma de Ignacio no pueda expresarse: cristocentrismo, el *magis* en el servicio de Dios bajo el Romano Pontífice y en el servicio de los hombres.

69. Por último, los jesuitas destinados a la formación de los NN. deben estar capacitados y dispuestos para impulsar por sí mismos y por la formación que impartan, los objetivos de una inculturación seria y equilibrada. Debe evitarse el colocar en esos puestos, como a veces puede haber sucedido, a quienes no han sido capaces de aprender la lengua local ni han empatizado con el *ethos* y modo de vida de la gente del país.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Esta lista de títulos no pretende ser ni exhaustiva ni inmejorable. Recoge parte del material manejado durante la preparación del documento.

DOCUMENTOS ECLESIASTICOS

1. El documento pontificio más reciente que refleja la posición de la Iglesia respecto al encuentro entre fe y culturas es la Exhortación Apostólica de S.S. Pablo VI *Evangelii Nuntiandi*, especialmente en los nn. 20, 61-66. (AAS LXVIII/I, 31.1.76, pp. 5-76).
2. La Exhortación Apostólica recoge los resultados del III Sínodo de Obispos, 1974. Para las intervenciones tenidas en el Sínodo, cf. *L'Eglise des cinq continents: Bilan et perspectives de l'évangélisation*, Synode des évêques, Rome, septembre-octobre 1974. (Paris. Le Centurion. 1975). Cfr. también: *Le Nuove Vie del Vangelo* (I Vescovi africani parlano a tutta la Chiesa), y *I Semi del Vangelo* (Studi e interventi dei Vescovi d'Asia); ambos de la Editrice Missionaria Italiana, Bologna 1975.
3. La palabra *inculturación* aparece por primera vez en un documento oficial destinado a la Iglesia Universal en el *Mensaje al Pueblo de Dios* (n. 5) del IV Sínodo de Obispos, en 1977. La intervención del P. Arrupe sobre este tema en el Sínodo, alcanzó gran resonancia.
4. A nivel regional hay varias declaraciones de la Jerarquía o dirigidas a ella: la Primera Asamblea Plenaria de la Federación de Conferencias de Obispos de Asia (FABC). *Evangelization in Modern Day Asia*, Taipei 1974 (publicada por la Oficina del Secretariado General de la

FABC, Hongkong), y la comunicación del Papa al cuarto Simposio de las Conferencias Episcopales de Africa y Madagascar, 1975 (AAS LXVII, 26.975. pp. 569-572).

DOCUMENTOS DE LA COMPAÑÍA

5. Además del decreto V de la CG 32, deberán leerse los textos más amplios del decreto IV, nn. 53-56: *Evangelización e inculturación*. En algunas ediciones se ha traducido mal o incompletamente el título del decreto V que es *Sobre la promoción de la obra de la inculturación de la fe y vida cristiana*.
6. Sobre los antecedentes del decreto V, cf. el Prefacio Histórico, n. 12 y, en la documentación de la CG 32, los siguientes postulados: 58, 65, 66 (Prox. Or.); 107 (Goa-Pun.); 282 (Argent.); 460 (Indon.); 783, 784 (Philipp.); 858 (Afr. Centr.); 998 (Provinciales de la Asistencia de Asia Oriental); 945 (Congreso de Ecumenistas SJ); 1045 (durante la Congregación) sobre la teología vernácula.
7. Los resultados de la consulta a la Compañía, propuesta por la CG 32, fueron publicados en documentación aneja a *Relevance* (boletín del Secretariado de Misiones en la Curia), 31.1.77. Posteriormente se recibieron otras muchas comunicaciones, y, especialmente, un comentario global, por JORGE MARIO BERGOGLIO (Argentina).
8. Para documentación referente a las diversas regiones, cf. *Response aux interpellations contemporaines concernant la mission des Jesuites en Afrique et Madagascar* (JECAM 1976) (pp. 77-95 y 162-207 del texto inglés); y los documentos y conclusiones de la Comisión de Inculturación en la India, 1975-78. Antes de la CG 32, el Secretariado de la Conferencia de Jesuitas del Asia Oriental publicó una *Carta a nuestros Hermanos de Asia nacidos fuera de ella*.

ESTUDIOS TEOLÓGICOS

9. Sobre teología de la inculturación, podríamos citar en primer lugar la obra introductoria de JULES GRITTI: *L'Expression de la Foi dans les Cultures Humaines* (Col. Croire et comprendre. Le Centurion. Paris, 1975) y varios artículos en los tres volúmenes de actas del Congreso Internacional de Missiología, Roma, octubre de 1975; *Evangelizzazione e Cultura* (Pont. Univ. Urbaniana, Roma 1976). La conocida obra de HENRI DE LUBAC: *Catholicisme, les aspects sociaux du dogme* (Coll. Unam Sanctam. Paris, 1938. Cerf) es digna de especial mención, así como la de YVES CONGAR: *L'Eglise est Catholique*, pp. 149-179, en *L'Eglise une, sainte, catholique et apostolique*, in *Mysterium Salutis*, 15. (Paris, Cerf. 1970. Con abundante bibliografía).
10. Existe una amplia y siempre creciente bibliografía sobre el pluralismo en la Iglesia: lo particular en la universal. Por ejemplo: Commissione Teologica Internazionale, *Pluralismo: unità della fede e pluralismo teologico*, EDB, Bologna 1974; JOSEF NEUNER: *The Transcultural Church, in The World in the Third World* (Ed. James P. Cotter Washington D.C. Corpus, 1968, 134-158). W. BÜHLMANN: *Forward Church* (Slough, 1977, St. Paul; esp. pp. 45-52); G. C. OOSTHUIZEN: *Theological Battleground in Asia and Africa* (London, 1972. C. Hurst and Co.); HERIBERT MÜHLEN: *L'Esprit Saint et l'Eglise*, 2 vol. (Paris 1969. Le Cerf. Vol. II, 217, ss.).

11. Más especialmente en la Iglesia Local: H. DE LUBAC: *Les Eglises particulières dans l'Eglise Universelle* (Paris 1971); E. BARTOLETTI, E. CHIAVACCI, J. HAMER, A. M. JAVIERRE, A. VANHOYE: *La Chiesa Locale: prospettive teologiche e pastorali a cura di A. Amato* (LAS. Roma 1976); H. M. LEGRAND: *Le ministère épiscopal au service de l'Eglise locale et au service de l'Eglise universelle* (Paris, 1975). Cf. bibliografía sobre la Iglesia local recogida por R. Hardawirjana, EAPI, Manila, 1977.
12. Hay, finalmente, infinidad de artículos en varias revistas. Podrían citarse el número monográfico sobre Inculturación con artículos de jesuitas: JEEVADHARA, n. 33 (mayo-junio 1976), Allepey. Más reciente es T. NKERAMIHIGO: *Inculturación del Cristianismo*, en TELEMA. Kinshasa. Diciembre de 1977.